

La Tía Tula ¿Víctima o verdugo?

ROSA RUBIO

Trama y Fondo

La Tía Tula, Victim or executioner?

Abstract

La Tía Tula is the story of a woman who wants to become a mother without being married. The film is set in the sixties in Spain, where the cult of the Virgin Mary is venerated, along with chastity as the model to follow and marriage as the *sine qua non* condition for the honest sexual relationship between men and women, with only one finality: procreation. Her intransigent refusal to accept this model turns her into the Goddess Virgin of Solitude, the first of many. Her demand reflects a way of acting which we still argue about today.

Key words: Virgin. Mother. Sin. Rebelliousness. Solitude.

Resumen

La Tía Tula es la historia de una mujer que quiere ser madre, sin ser esposa, en la España de los años sesenta del pasado siglo, donde se venera el culto a la Virgen María, a la castidad como modelo y al matrimonio como condición *sine qua non* para la honrada relación sexual entre hombres y mujeres, con una única finalidad: la procreación. Su intransigente negativa a aceptar este modelo la convierten en Diosa Virgen de la Soledad, pero no será la única. Su reivindicación plasma un modelo de actuación con el que todavía hoy se sigue polemizando.

Palabras clave: Virgen. Madre. Pecado. Rebeldía. Soledad.

ISSN. 1137-4802. pp. 135-154

Mi propuesta es analizar la película *La Tía Tula*, de Miguel Picazo, basada en la novela del mismo título escrita por Miguel de Unamuno en 1907, pero adaptada a los años 60.

La historia que narra Miguel Picazo comienza cuando la hermana de Tula, Rosa, ya está muerta, en su funeral (F1-F3). A partir de entonces,



Tula se lleva a vivir a su casa a Ramiro, su cuñado y a sus dos sobrinos, Ramirín y Tulita, para cuidarlos, tal como y prometiera a su hermana en el lecho de muerte.

Tula se desvive por sus sobrinos (F4), a los que adora, y por su cuñado (F5), al que trata como como si fuera un hijo más. Pero Ramiro, que es un hombre todavía joven, pronto empieza a echar de menos el amor carnal con una mujer.



A la vista del buen trato que recibe de su cuñada, de que viven en la misma casa y del amor de madre que ésta prodiga a sus hijos, quienes como tal la quieren, Ramiro decide proponerle matrimonio.

La intransigente negativa de Tula a casarse con Ramiro es rotunda y reiterada a lo largo de toda la película. Sin embargo, cuando el tren donde se marchan se aleja, Tula desde el andén, les dice adiós con la mano, a la par que pronuncia con anhelo el nombre de "Ramiro". No llama a sus sobrinos, llama a su cuñado.

Este gesto inesperado cambia el discurso racional que ha mantenido la tía Tula durante toda la película y, como consecuencia, nos invita a hacernos algunas preguntas: ¿Qué razones ha estado aduciendo Tula para no querer casarse con su cuñado? ¿Ser madre era para Tula, de verdad, lo más importante en su vida?

"Juré a mi hermana en el lecho de muerte que cuidaría a su marido y a sus hijos pero nada más". Y también: "¿cómo puedes pensarlo estando aún caliente el cuerpo de mi hermana?", en respuesta a la proposición de matrimonio que le hace Ramiro.

Son las dos alegaciones que ampararán su pertinaz negativa.

Parece lógico pensar que casarse con el marido de su hermana, cuando su muerte es tan reciente, le dé reparo. El hecho de que vista de negro,

o sea, de luto, hasta casi el final de la película –práctica que duraba un año como mínimo en aquella época– significa que pasa muy poco tiempo entre la muerte de Rosa y la propuesta matrimonial de Ramiro. Muchas mujeres tendrían los mismos resquemores que Tula para hacerlo, incluso en la actualidad.

Sin embargo, ¿hasta qué punto es creíble que esa sea la razón verdadera, la única, de su negativa? O al menos, ¿no esconde esta negativa una cierta excusa? ¿Qué hay detrás de esta obstinada resistencia de Tula a contraer matrimonio?



Tula tiene un pretendiente, Emilio (F6), un amigo de Ramiro, que quiere casarse con ella pero al que rechaza (F7-F8) alegando que *“ya tiene una familia a la que cuidar”* y que *“no quiere aguantar a ningún hombre”*. *“Entonces, ¿por qué me aguantas a mí? ¿Yo qué soy?”*, le preguntará Ramiro (F9-F10). Y al hacerlo, en la imagen vemos a Ramiro comiendo protegido de mancharse con una servilleta a modo de babero, y en primer plano, el cuello y el tapón de cristal de la botella de vino, erigidos cual pene frágil, transparente como el cristal, pero pene a fin de cuentas, por mucho que Tula no lo quiera reconocer: *“Tú eres el marido de mi hermana”*.



Tula se quiere como está, madre de sus sobrinos y soltera. No necesita la relación carnal con ningún hombre. Cuidarle, hacerle la comida, la cama, lavarle y plancharle la ropa, como lo hace con sus sobrinos no le importa, entregarse a él como mujer no entra en sus planes. Y no quiere que él tenga la más mínima duda de ello, de hecho, lo primero que le prohíbe es andar por el pasillo de su casa en camiseta (F11).



Pero, ¿no sería razonable pensar que a Ramiro, si de verdad estaba enamorado de Rosa, le costara trabajo amar a otra en tan breve espacio de tiempo? ¿Hasta qué punto la necesidad física, la satisfacción de una apetencia sexual, justifica su prisa? ¿Por qué cuando va a visitar la tumba de Rosa con su hijo escribe en una libreta, que apoya en un árbol, el nombre de Tula? (F12)

¿La considera el soporte sólido que él necesita? O ¿Es su amor platónico?

Desde luego, una mujer fuerte es y autosuficiente económicamente, también. En la siguiente secuencia la vemos recibiendo el dinero de los trabajadores a quienes arrienda sus tierras. (F13-F14) Frente a otras mujeres de su generación, para quienes el matrimonio es imprescindible pues necesitan depender de un hombre que las mantenga, Tula es libre, dueña de su destino.



Tras haber pasado unos días enfermo, Ramiro (F15) se ha levantado para que ella ventile la habitación y le haga la cama. Como el colchón está apelmazado, Tula le anuncia que dará la orden de que vengan a varearlo, a convertirlo en un lugar cómodo en el que él pueda dormir "bien" ya que tan mal se encuentra. Pero, ¿es sólo dormir en un colchón mullido lo que necesita? En este momento oímos por primera vez una música dulce... Tula abre la ventana, para que entre el aire, y con el aire, los gritos de los niños jugando, la alegría de la vida.



Ramiro, acostado de nuevo, está alicaído, débil, ha estado enfermo –¿de deseo?–, necesita los mimos que Tula le empieza a dar peinándole, lavándole –con colonia (F16), una costumbre que repite en varias

ocasiones, ¿será porque desinfecta y enmascara el olor corporal más que el agua?– mientras despliega sus atributos femeninos cerca de su cara, hasta que él, con ternura y deseo, le acaricia una mano con su mejilla (F17).

Es el primer y único gesto amoroso que intentará hacer Ramiro con ella; no habrá lugar para más porque Tula retira su mano con vehemencia, sobresaltada en cuanto la sombra del deseo carnal aparece; se levanta asustada, cierra la ventana, la contraventana (F18), se acaba la música, ya no se oyen las voces alegres de los niños jugando en la calle; fuera el deseo, la tentación, vuelta a la oscuridad. Tula recoge sus útiles de aseo y huye presurosa para lavarse las manos a conciencia (F19), para purificarlas del pecado de la carne, porque es obvio que se siente ensuciada.



¿De dónde procede esa sensación de suciedad que la embarga al sentir el deseo de Ramiro? ¿Acaso no estaba coqueteando con él en la cama? ¿Es tan inocente como pretende? ¿Actúa así porque le intimida el sexo o porque no quiere relacionarse con Ramiro de esa forma por respeto a su hermana, como siempre dice? ¿O es su conciencia de pecado imbuido por la religión católica lo que la domina?

Sea lo que sea, Tula se ha aproximado demasiado a Ramiro. Su sueño de ser madre-virgen está amenazado porque ella “cierra la puerta” de la habitación de Ramiro, (F20) pero Tulita abre la del “baúl de los secretos familiares”, (F21) de donde sacará varios adornos femeninos: una pamelita, una boa, (F22) con las que se mira al espejo para ver cómo luce, (F23) con la coquetería propia de una niña que quiere vestirse para seducir.



Entretanto, llega Ramirín, cuando Tula, la madre alimenticia que es, está haciendo “pudding”, una comida que “ya hacía para Ramiro cuando vivía su mujer”, por lo mucho que le gusta. ¿No es esta una forma de seducir a su cuñado? ¿Para quién se esmera Tula realmente haciendo la comida? En apariencia, para su sobrino, quien la premia con un abrazo

para después irse a buscar a su hermana, dejando sobre la mesa unos libros que, cuando Tula trata de apartar, (F.24) dejan caer de entre sus páginas –en concreto de las de *El libro de España*–, (F25) las fotos recortadas de unas mujeres en sujetador y bragas.



Si tenemos en cuenta que en la portada del libro aparece un guardia empuñando un sable y una mujer vestida de

peineta y mantilla, los emblemas de la España Nacional Católica que le está educando, no es de extrañar que a su recatada tía, las imágenes de unas mujeres en paños menores le parezcan obscenidades.

Coquetería en Tulita, curiosidad sexual en Ramirín y el vareador, con su mujer cardando la lana del colchón de Ramiro (F26). Se diría que la sexualidad planea en el ambiente. Tanto que el sonido de esa vara parece un látigo que recuerda a aquella frase: “¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!” en *Así habló Zaratustra*, la obra de Nietzsche. Como explica Francisco Cordero en su artículo “Cuando vayas con mujeres, no olvides el látigo”¹: “Látigo y fiera, hombre y látigo, están asociados... Reparemos, al hilo de esta metáfora, en el hecho de que el domador (el que maneja el látigo) no fustiga a la fiera, no la pega, en todo caso se sirve del látigo para poder permanecer en el lugar de la fiera, lo más cerca posible de ella y, así, poder lograr lo imposible: realizar, con la fiera, un acto humano como espectáculo circense. Esa “pequeña verdad” de la anciana encierra el contenido más profundo, desvela la violencia, la amenaza de disolución humana que se encuentra instalada en el interior de los cuerpos, y que es preciso “domar”, canalizarla humanamente, para que las relaciones sexuales puedan ser efectivamente posibles”.



¹ CORDERO, Francisco (2004): “Cuando vayas con mujeres, no olvides el látigo”, *Trama y fondo*, n^o 17, Madrid. Segundo semestre 2004, pp. 131-136.

Vara-látigo, colchón mullido, deseo carnal de Ramiro. Eso que está en juego y que, a juzgar por lo que pasará después, él no sabe manejar. La salida en procesión de Tulita (F27), disfrazada, llevando el retrato de una tal tía Gabrielita, que debía ser la santa de la familia –aunque nunca nos lo explican–, cantando: “*Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y la Virgen concebida sin pecado original*”, cántico que coincide con su paso atravesando las lanas del colchón de su padre donde se enreda, para



ir a caer de bruces sobre el suelo y romper el cristal del retrato, completa el cuadro (F28).

¿Puede haber una metáfora más clara de lo que está pasando? La niña no ha sido concebida en ese colchón sin pecado original. El mantenimiento de la virginidad de la Madre-Virgen Tula se va a estampar contra ese colchón de lana de la cama de Ramiro que ella, precisamente, ha dado orden de mullir porque se ha endurecido de soledad y que sirve para concebir hijos, esos niños a los que tanto quiere Tula. ¿Acaso Tula no ve que sólo puede seguir siendo su madre si acepta ser también esposa, como lo fue su hermana?



Si hasta ese momento no lo ha visto, le queda la prueba definitiva. Ramirín, que ha buscado también en “*el baúl de los secretos familiares*”, se ha colocado un sombrero de cura (F29), en clara alusión al mensaje que su confesor espiritual le transmitirá unas secuencias más tarde a Tula, y ha encontrado varias cartas de amor que se escribieron sus padres, una de las cuales le arrebató Tula. Entre ellos, un maniquí con el torso desnudo que evoca a una estatua de Venus Afrodita (F30), una alusión más a la pertinaz sensualidad que les rodea, al deseo que esa carta de amor a Rosa escrita por Ramiro relata, y que escucharemos de su propia voz envuelta en una dulce música, mientras Tula la lee a solas en su habitación (F31).



“Perdóname Rosa, no creas que lo que anoche intenté era sólo faltarte al respeto, yo te juro por lo que tú me pidas que hubiera cumplido después como el mejor de los hombres. Esta noche iré a buscarte de nuevo Rosa, no estés enfadada. Yo te quiero como no he querido a nadie. Y es por eso, por cariño, que no me pude contener. Espero que me perdonarás y yo te prometo no volver a intentarlo. Tenemos que casarnos cuanto antes. Lo necesito. Te quiero. Mientras tanto, te besa en las manos, en los brazos, en los ojos, en la nuca, en los labios, Ramiro”.

Tula lee con avidez y consternación esta declaración de amor de Ramiro. Una declaración que iba para su hermana, pero que vale igualmente para ella. Porque Ramiro necesita carnalmente una mujer y esta carta es la advertencia y la explicación de lo que Ramiro siente hacia ella, hacia las mujeres y de que no va a cejar hasta conseguirlo.



Cuando llega Ramiro de trabajar (F32), Tula, que acaba de leer la carta a su hermana, no le deja sentarse en la mesa del comedor donde están todos los demás y le manda a la mesa camilla. Está acalorada.

Él, no. Al contrario, necesita calor, “luz” para leer, enciende la lamparita que hay encima de la mesa y se fija en el despertador: “¿Qué hace aquí el despertador?” (F33) Se balancea en la mecedora –clara alusión al ir y venir propio del acto amoroso–, que tan bien capta Tula, de ahí su queja y su exigencia de que se detenga.

Cuando Ramirín cuenta a su padre (F34) que Tulita está callada como castigo por haber roto el retrato de su tía, y se muestran cómplices, Tulita empieza a llorar (F35). Su tía la consuela mientras la abraza y mimas con denuedo (F36).



R: Era sólo una broma.

T: Brutos, que sois unos brutos.

R: Te advierto que la mimas demasiado.

Tula no le responde, sólo le mira con un reproche, al punto de que Ramiro recula: “Bueno, digo yo...”. Los niños son suyos y no hay más que hablar. Tula se lleva la niña a la cama... para que duerma con ella. Es su escudo protector. Ya no queda sitio para nadie y un hombre lo respetará. El niño se va a comprar tabaco para su padre y, cuando Tula regresa de la habitación, vuelven a estar solos. Ella recoge la plancha, la mesa (F37).



T: Siéntate ahora donde querías, ya lo tienes todo para ti... como un Rey...

Esta frase de Tula quizás sea una de las más esclarecedora de su espíritu: no quiere reconocer a un rey, o mejor dicho, está en contra de poner un rey en su vida, un hombre que lo puede dominar todo y sobre todo, un hombre al que hay que complacer. Tula está dispuesta a cuidarle, pero

no a que sea su dueño. ¿Es posible que cambie de opinión? ¿Da alguna muestra de que vaya a hacerlo?

Tula aprovecha la ocasión para enseñarle “las obscenidades” que le gustan a Ramirín. Por supuesto, Ramiro no les da importancia. Él quiere estar tranquilo, tiene “problemas” importantes: no puede dormir... algo que parece absolutamente irrelevante a Tula.

No se miran de frente: él, porque duda, no se atreve; ella porque se teme que se va a atrever (F38). Así sucede. Lo más dulcemente que puede –como vuelve a suscribir la música que oímos– lo hace:

R: Debemos casarnos Tula (fin de la música en cuanto empieza el discurso de Ramiro).

T: ¡Por Dios, mi hermana! Si alguien me hubiera dicho algún día que ibas a portarte así le habría escupido en la cara...



En ese momento suena el despertador. Ya sabemos para qué está ahí: marca, en apariencia, el tiempo en que Tulita puede volver a hablar –lo tenía prohibido por haber roto la foto de la tía Gabriellita. Pero lo que de verdad señala es que a Tula se le está acabando el tiempo de la virginidad:

R: Cuñada, no has comprendido lo que quiero decirte.

T: No me respetas. Qué disgusto...



Ramiro se queda abrumado ante la incapacidad de su cuñada para entenderle (F39).

Tula huye a refugiarse en su sobrina (F40). Está temblando. Abraza a Tulita y le dice que va a hacer la primera comunión, para que se les vayan a todos “los malos pensamientos”. Además la insta a rezar por la familia al completo: su madre, su padre, ella...



Durante la ceremonia (F41), todas las canciones que cantan los niños alusivas a la Virgen, a su pureza, a su ayuda para que les salve de las indignidades, servirán de poco. Tula y Ramiro comulgan (F42-F43)



casi al mismo tiempo. Es como si el cura los bendijera en su propia boda, una señal de que la Iglesia aprueba su unión. Pero ahora allí, en la iglesia, Tula va con la niña andando. Ramiro en la distancia las mira (F44). Ella se le acerca, persuasiva (F45), incluso seductora, se podría decir:



T: Momento emocionante, ¿verdad? ¿Te has acordado de Rosa?

Claro que se ha acordado de Rosa, pero no como Tula quisiera. Ramiro no contesta. Se le han acabado las palabras. Tenía una: matrimonio, la palabra ante la que todas las mujeres que quieren ser madres se rinden, la que solucionaría su “problema”; pero Tula no ha aceptado.

De vuelta en la casa, ella está contenta. Disfruta de su familia pura y casta. Cree que Dios ha entrado en el cuerpo de Ramiro, le ha purificado. (F46) Se vuelven a oír niños en la calle a través de la ventana abierta y Tula incita a Ramiro a que salga como su hijo acaba de hacer. Pero Ramiro está triste, alicaído, ha entrado en otra fase: el desánimo del hombre que no se siente deseado ni puede desear. Ramiro quiere a una mujer, y quiere a Tula (F47). Por eso, cuando ella le quita un hilo de la chaqueta con coquetería y esmero, él se abrocha la chaqueta, se cuadra delante de ella preguntando: “¿Voy bien?” Que es algo así como ¿valgo como hombre? Ya que no valgo para ti, ¿valdré para otra? O, ¿no quieres casarte conmigo porque no te parezco atractivo? (F48)



Ramiro ha hecho todo lo que ha sabido hacer para estar con Tula y no ha dado resultado. No le han educado para ser un héroe romántico. Sólo padre y marido. Lo ha intentado por la vía de la ternura y la admiración, diciéndole lo maravillosa que le parece y lo que la necesitan él y los niños. Le ha pedido en matrimonio, porque viven como si lo fueran. Ahora, se ofrece como objeto de deseo.

“Por supuesto que sí”, contesta ella a su “¿voy bien?” Pero le manda a la calle, a encontrar a esas otras mujeres de la ciudad, la escoria, el desecho, como dice su amigo Emilio (F51), con quien se encuentra en ese “infernál” lugar.

Ramiro no se interesa por ellas. Son mujeres que llevan ropa ajustada, pantalones pitillo (F49) y se suben a las motos con los hombres, oyen música estridente, y se ríen de Ramiro porque les parece un paleta (F50) El mundo está cambiando, las mujeres están cambiando. Son el contrapunto a la recatada mujer tradicional que representan Tula y sus amigas. Emilio las tacha de putas, pero: ¿lo son realmente? Para la España Nacional Católica de una ciudad de provincias no cabe duda. Al fin y al cabo



sólo hay dos opciones: virgen o puta. Y el puritanismo condena esa apertura de costumbres. Siguen aferrados a su diosa Virgen María, el modelo de Tula, a la imprescindible virtud de la falta de deseo: sólo necesidad física masculina. Y maternidad.



Ramiro está durmiendo entre sudores, iluminado por la luna, con el retrato de Rosa tras él (F52). Suenan las campanas de la iglesia... tiene insomnio, da vueltas en la cama, no duerme (F53)... Por la ventana se cue-
lan ruidos de coches, risas de gente... Se levanta y se sienta en un sillón. (F54) Enfrente hay una ventana con luz, la única, y se apaga. Ramiro se
mesa los cabellos. Está enfermo de deseo. Suena otro reloj. Parece que
lleva horas sin dormir.

Por la mañana la voz de Tula le despierta. Está en la cama, parece agotado, exhausto, con mala cara... Se levanta. Cuando entra Tula a hacerle la cama se encuentra la sábana rota. Por detrás Ramiro la asalta (F55).



Música violenta. Luchan; Tula se resiste, trata de besarla, de abrazarla, pero logra escaparse de él y se refugia en el baño, donde llora de rabia, de impotencia (F56-F60).



Cuando Tula va a hablar con su confesor (F61) de la agresión sexual que le ha hecho Ramiro, éste le aconseja que se case con su cuñado, que será un buen padre y un buen marido. Ante la insistente negativa de Tula, trata de hacerle comprender que sólo tiene dos soluciones: que se vayan todos, puesto que Ramiro la ha ofendido, o que se case. Tula alega que Ramiro se puede marchar cuando quiera, pero que los niños se quedarán con ella. Por mucho que su confesor le intente hacer ver la realidad, o sea, que Ramiro no renunciará a sus hijos, y que Ramiro necesita a una mujer y la necesita a ella, no cede. Ni tiene escrúpulos carnales, ni le guarda rencor. Simplemente no se casará, porque: *“yo no soy remedio de nadie. No es ni orgullo ni soberbia, sólo respeto de mí misma”*.

Tula no sigue ninguno de los consejos que le ha dado el sacerdote. En cambio, se lleva a toda la familia al pueblo, de vacaciones, a hacer otro intento por recuperar la inocencia esta vez en contacto con la naturaleza. Difícil tarea, porque el campo despierta su sensualidad desde que llegan.

Al principio, Ramiro y su cuñada siguen vestidos de negro. Ni siquiera se miran. Él, avergonzado por su agresión a Tula, coge unas uvas (F62). Ella, triunfante, juega seductora con la fruta que les ofrece el tío: una pera que se deleita mordiendo, y que acabará ofreciendo a su sobrina –cual “inocente” Eva, traspasando a su pupila la pureza, no el pecado original. (F63-F64).



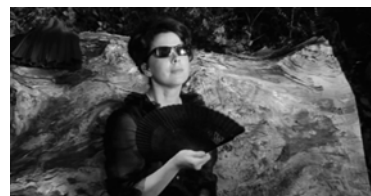
Tula vuelve a sacar la colonia para limpiarse el sudor y refrescarse, mientras Tulita juega con la cortina a modo de velo de novia (F65-F66), el gran sueño de las niñas, de casi todas las niñas –no de Tula, parece.



En el jardín, una dulce música se empieza a oír cuando Tula se adentra en él, deambulando feliz en su Paraíso, oliendo el perfume de las flores, paseando entre los árboles (F67-F68). Incluso se diría que su sensualidad se acentúa y así se lo hace sentir a Ramiro cuando camina detrás de él, quien hace un amago de volverse para comprobar que esa sensación es real, que ella le mira deseante (F69-F70).



Y por fin el río, un río donde van a sumergirse las pasiones de todos, menos las de Tula, que se refresca con su colonia –una vez más– y se disfraza de diosa virgen inasequible, cubierta de gasas negras, vaporosa pero intocable, impenetrable por el más leve rayo de sol (F71-F73). Un río donde Ramiro descubre (F77) que la primita Juani, a la que Tula protege-





rá con su chaqueta –la de él– (F76), ya no es una niña pues se le ha lanzado encima mientras jugaba con sus hijos, porque le atrae. Ramiro es un hombre atractivo y Juani, a medio camino entre la infancia y la adolescencia, también quiere “jugar” (F74-F75).

Por la noche en la casa hace calor. Por la ventana se cuele la música de baile del pueblo. Tula no puede dormir. Va a la cocina y descubre a Ramiro, que deambula como un espectro; va detrás de ella, hechizado, fascinado; se diría que bailan al compás del sensual chachachá veraniego, en un rítmico juego de atracción-persecución-rechazo hábilmente remarcado por la cámara (F78-F80).



Ambos tienen sed. Tula bebe agua. Ramiro, para saciarse, necesita algo más.

Cuando Tula cierra la puerta de su habitación, no sin antes ofrecerse a “ayudarle si se encuentra mal”, Ramiro se dirige a la habitación de Juani, a quien acaba violando a pesar de su virtuosa resistencia (F81).



¿Por qué se ofrece a ayudarlo si se encuentra mal y cierra la puerta de

su habitación? ¿Acaso no lo ve? Si no lo ve en ese momento, seguro que “lo ve” (F82) cuando en su imaginación rememora “el momento” del día en que Ramiro le anuncia su próxima paternidad. De hecho le pregunta:

“¿cuándo... lo has sabido?” No le pregunta: ¿cuándo ha sucedido? Sabe cuándo fue. Él estaba “enfermo” y no le socorrió. Ya le dijo al cura que ella no era “remedio de nadie”.

Al día siguiente, se van. Buscan a Juanita para despedirse, pero no aparece por ningún lado. Cuando ya no estén en la casa, saldrá de debajo de la cama (F83), limpiándose el traje y llorando, intentando recomponerse ante el espejo (F84).



De vuelta a la ciudad, Tula está en la fiesta de despedida de soltera de su amiga Jovita, que se casa por poderes y se va a vivir a Colombia. Todas las amigas admiran el ajuar, el velo de la novia... Tula se ha soltado el pelo y lleva un vestido que podría ser rojo, un collar de perlas; parece que se ha acabado el luto. Comen, se ríen, beben un poco de alcohol. Y juegan a hacer representaciones del amor en diversos países. La última canción anuncia lo que le va a pasar a Tula: “Don Lope quería aquel lunar que tenía Lupita, se cansó el mejicano de rogar y solterona la pobre se quedó” (F85).

Todas ríen la gracia. Sólo una, Herminia (F86), a la que se le ha subido el alcohol y yace desmayada en un sofá acompañada de Tula, expresa su temor a quedarse soltera (F87):



H.: Ay Tula... nosotras no nos casamos...

T: Mujer, qué ocurrencia...

Herminia: Yo no me caso Tula y tú tampoco, con lo majísima que eres.

Tula: Tú que sabrás, Herminia, ¿qué sabrás tú?

Ese “¿qué sabrás tú?” ¿Podría significar “no me importa porque no quiero casarme, con tener hijos me vale” o “no me importa porque mi cuñado me pretende y ahora que he dejado el luto estoy pensando en acceder a su propuesta?” Nunca lo sabremos. Sólo sabemos que, si es así, llega tarde.

Ramiro ha dejado embarazada a la primita Juani y tiene que casarse con ella. Ha pedido el traslado a otra ciudad y se lleva a sus hijos (F88). Él se ofrece a hacer lo que Tula diga, porque en efecto a la primita no la quiere, pero Tula le exige que cumpla y que se case (F89). Una triste música de violín tiñe la escena.



- T: Con una niña, Ramiro, ¡qué vergüenza!
 R: Tú no puedes entenderlo, eres una mujer. He vivido con Rosa, te he buscado a ti, de buena fe...
 T: No has querido a nadie, ni has querido a mi hermana, y a mí, a mí qué me vas a querer, mientes, embustero, cínico, que me preocupe yo de los niños, pero a ti ¿qué te importan tus hijos? A ti sólo te importa eso, sucio.
 Ramiro: Tú no puedes, no te lo consiento.
 T: Estoy en mi casa y digo lo que quiero. En mi casa, que tenías que besar por donde yo piso. Estoy en mi casa.
 R: En tu casa.
 T: Sí,
 R: En tu casa...
 T: Sí...
 R: Pues muy bien, ahí te quedas. Me voy.
 T: Sí... Vete... y no te llevarás a los niños, a los niños no, los niños son míos". (F90)

Suena una bocina. Están en el tren todos, incluida Juani, que ya se ha hecho mujer (F91). Lo denotan su visible embarazo y su moño italiano, gafas negras, un disfraz que recuerda al de su tía en el río. Tula esquiva su mirada. Es obvio que ya no es su sobrina, sino su rival. Tula se despide de los niños y se baja del tren: "Adiós tía..." (F92).



En la puerta del vagón, Ramiro se despide formalmente de Tula (F93):

- R: Adiós Tula... Te deseo mucha suerte...
 T: Por Dios Ramiro, que los niños no dejen de venir a ver a su madre el día de los Santos.

Es la última súplica de Tula: ver a los niños aunque sea una vez al año. Cumplir con su deber: conservar en sus sobrinos el recuerdo de su madre.

Pero todavía, viendo marcharse el tren, desolada, a Tula le queda una palabra que pronunciar (F94):

¡Ramiro!

¿Por qué le llama? ¿No era cierto que le ignorase? ¿Le amaba?



La tía Tula ha pasado a la historia como una mujer frustrada por el abandono de un hombre que le obliga a renunciar a su mayor deseo que es el de ser madre, por no querer aceptar convertirse en su esposa, es decir, por no querer tener relaciones sexuales con él.

Sin embargo, yo creo que para Tula lo más importante no son ni el hombre, ni el matrimonio, ni los hijos. Para Tula lo más importante es ser ella misma, hacer aquello en lo que cree.

La analista junguiana Esther Harding en su libro *Women's Mysteries*² escribió:

“Una mujer que es virgen, “completa-en-sí-misma”, hace lo que hace no por algún deseo de agradar... sino porque lo que hace es verdad... puede que tenga que decir no, cuando sería más fácil y más adecuado, decir sí... Estará motivada por la necesidad de seguir sus propios valores internos... con independencia de lo que piensen los demás”.

Cuando Ramiro se ofrece a quedarse con ella, a pesar de que Juani esté embarazada, Tula lo tiene claro: “*cumple. ¿Qué clase de hombre eres?*” Tula es una mujer recta, honesta, sabe lo tiene que hacer. Y Ramiro se muestra como lo que es, un hombre incapacitado para la heroicidad.

² SHINODA BOLEN, Jean (2013): *Las diosas de cada mujer*, pp. 23-24. Kairós, Título original: *Godness in Everywoman*. Alfonso Colodrón, traducción cedida por Editorial Kairós, S.A.

Pero también es una mujer que no quiere ser dominada por un hombre y, con el proceder de Ramiro, su rebeldía se acrecienta. Porque, en efecto, ¿Ama Ramiro a alguien de verdad? ¿Amó a Rosa? ¿Ama a Tula? ¿Todo se reduce a querer estar con una mujer para tener sexo habitualmente? ¿Qué se juega aquí?

Parece que es la necesidad física de él, frente a la única necesidad maternal de ella. Para la religión católica, que marca toda la historia de Tula y Ramiro, con la Virgen y la castidad como gran protagonista, así es: las mujeres no desean a los hombres, sólo quieren casarse para ser madres. Se diría que le dan la razón a Nietzsche: *"el enigma de la mujer se resuelve con la maternidad"* de la que se hace cargo un buen padre, un hombre moral. Ramiro parece que podría ajustarse a la primera condición, pero en cuanto a hombre moral... Dice Nietzsche en *Del hijo y del matrimonio*³: *"Eres joven y deseas para ti una mujer e hijo. Mas yo te pregunto: ¿Eres un hombre al que sea lícito desear un hijo? ¿Eres el victorioso, el domeñador de ti mismo, el dueño de tus sentidos, el señor de tus virtudes? ¡Tal es mi pregunta! ¿O hablan en tu deseo la voz de la bestia y de la necesidad? ¿O la soledad? ¿O el descontento de ti mismo?"*

³ NIETZSCHE, Friedrich: *Así habló Zaratustra*, Editorial Planeta-De Agostini, 1992; Título original *Also sprach Zaratustra*, traducción de Juan Carlos García Barón, cedida por Editorial Bruguera, S.A, p. 89.

Ramiro es un padre, pero no es un *"domeñador de sí mismo"*.

Es su capacidad de ser un buen marido lo que será cuestionado. Fiel sí, pero ¿a qué precio? Si no es *"dueño de sus sentidos"*, demandará una esclava para satisfacer sus pasiones. Tula lo intuye. Y le pone a prueba en la contención, en el dominio de su acuciante deseo: *"Todavía está caliente el cuerpo de mi hermana"*.

Y sin embargo, Tula quiere seguir a su lado ¿Por qué si ha querido violarla? ¿Sólo por los niños? ¿Por qué le dice a su amiga que *"ella qué sabrá"*? ¿Por qué le llama cuando se va? No llama a los niños, le llama a él. ¿Hasta qué punto no quiere ser deseada? ¿Hasta qué punto no desea?

Se diría que Tula le ama de verdad. Algunas imágenes lo delatan: su forma de seguir a Ramiro tras el féretro de su mujer muerta (F2-F3); o en



la iglesia, el día de la comunión de la niña (F45); o la forma de mirar a Ramiro cuando le sigue por el jardín de su infancia-paraiso (F69).



Por tanto, ¿no será más bien que Ramiro no sabe seducirla? Ramiro le ofrece algo que ella no necesita: sexo. Es normal que Tula, amparada en una religión en la que el deseo sexual de la

mujer está proscrito y condenado a la prostitución, se niegue. Si el modelo a seguir de Tula es la pureza de la Virgen María, si el sexo es algo sucio, si el contacto con un hombre lo es, ¿qué camino le queda?

Los consejos del cura –hombre a fin de cuentas y representante legal de Dios en la Tierra; de esa Iglesia Católica que condena el placer sexual en la que Tula ha sido educada y cuyas normas rigen la vida del país–, no sirven de nada.

Tula es una mujer de principios, tiene unos valores y apuesta por el respeto a sí misma.

Dice Jean Shinoda Bolen en *Las diosas de cada mujer*⁴:

“la perspectiva junguiana me ha hecho consciente de que las mujeres están influidas por poderosas fuerzas internas, o arquetipos, que pueden ser personificadas por las diosas griegas. Y la perspectiva feminista me ha proporcionado una comprensión de cómo las fuerzas externas, o estereotipos –los papeles a los que la sociedad espera que la mujer se adapte–, refuerzan algunos patrones de diosas y reprimen otros. Como consecuencia, yo veo a cada mujer como una “mujer intermedia”: impulsada desde dentro por arquetipos de diosas y desde fuera por estereotipos culturales”.

Creo que este planteamiento añade cierta luz sobre la actitud de esta mujer, Tula, cuyo arquetipo predominante sería una diosa virgen educada en una religión que idealiza a la Virgen María como madre, permitiéndole elaborar la fantasía de poder emularla, es decir, ser madre sin ser esposa.

⁴ SHINODA BOLEN, Jean: *Las diosas de cada mujer*, op. cit. ps. 61-62. *Ibidem*.

Además, el amor carnal como manifestación amorosa no existe, es pecado y Ramiro, optando por la violencia, no hace más que agravar la animadversión imbuida a Tula hacia el sexo. Tula dice varias veces a lo largo de la película, hablando de su sobrinita, que las niñas son una cosa muy delicada y que los chicos son unos brutos que no las entienden y las hacen rabiar. La actitud de Ramiro parece corroborarlo.

Dice Jesús González Requena en *La mujer y el goce*⁵:

“Ella solo ama de verdad cuando goza. De manera que solo es su amor aquel capaz de hacerla gozar... En esa forma pasiva de ofrecerse se encierra la formulación imperativa de la demanda radical de la mujer: Tómame. Es decir: hazme gozar... Sólo quien renuncia a la conciencia, quien se entrega del todo, alcanza el extremo del goce”.

⁵ GONZÁLEZ REQUENA, Jesús (2004): “Escribir la diferencia”, en *Trama y fondo* nº 17, Madrid. Segundo semestre 2004, p. 22.

Perfecto, pero ¿cómo va a perder esa conciencia una mujer que ha sido educada en la castidad como virtud, a quien el sexo le repugna, que se siente “completa-en-sí-misma”, con un hombre que la exige sumisión en vez de ofrecerle seducción?



Tula necesita aprender a reconciliarse con esa cualidad sexual y femenina que habita en ella (F95) y que sólo un amor delicado, que respetara su tiempo, podría hacerle reconocer. Tula tiene un dragón al que Ramiro no sabe vencer. Tula “reclama” tiempo para perder el miedo a la violencia que el acto sexual conlleva y del que ella no obtendría otro placer sino el de la maternidad, algo que ya tiene siendo tía de hijos huérfanos de madre.

Su gran desafío como diosa Virgen es conseguir que Ramiro la acepte como madre de sus hijos sin tener que ser “*tu remedio físico*” como mujer, pero fracasa. Ramiro necesita satisfacer sus instintos sexuales y revalidar su valor como hombre –a través de la relación sexual–, una condición que Tula ha puesto en entredicho (F96) al no querer casarse con él, al no querer ser suya. Tula le ha desafiado y, como consecuencia, la sociedad patriarcal que él representa la condena a lo peor que –creen– se la puede condenar: a Diosa Virgen de la Soledad.



Por tanto, es Tula ¿víctima o verdugo? Yo diría que es una heroica víctima de su naturaleza y de su educación: pierde todo lo que deseaba tener: unos hijos y un marido, pero defiende su dignidad, al menos, tal como le han enseñado a entenderla.